

organizados, incandescentes con la lumbre de la fe republicana, dirigidos por los hombres nuevos, arrollaron a las divisiones imperiales, cuyos jefes, con alguna excepción, eran los mismos que cedieron ante el empuje de los constitucionalistas, en el año que cerró el capítulo de la Reforma.

De los puestos civiles huyeron los infidentes, los acomodaticios y los medrosos; la nación supo que los que continuaban sirviéndola, eran prototipos de abnegado celo y devoción desinteresada, merecedores de la gratitud y de la admiración iguales a las que premian las hazañas de quienes arriesgan su vida en el fragor de los combates.

Abril.—1949.

APENDICE

I

Carta de José Valente Baz

Sr. D. Benito Juárez.

Durango, febrero 9 de 1864.

Mi respetable amigo: Luego que llegué aquí supe la noticia de la torpe intriga de Doblado y G. Ortega, escribí a U. no he recibido respuesta; no lo extraño, porque la carta fué bajo cubierta del Sr. Núñez, quien he sabido se separó no solo del ministerio, sino de U.

Yo conocí que se estrellaban los iniciadores de la medida subersiva, y lo conocimos todos los que tenemos buen sentido; hubiéramos deseado que no se diera el escándalo, en honor del país, por que cierto que es preciso juzgar al menos en el extranjero muy mal de nuestros hombres de estado, a la presencia de tanta inepticia.

En este momento sabemos que están los franceses a dos leguas de Zacatecas; y por lo mismo suponemos ocupado hoy ese lugar; no obstante las noticias del Sr. Ortega son las peores, hace ya diez días que nos está con la misma amenaza.

Aquí corre la noticia de que el pueblo de Guadalajara había alzándose y que Uruga y Arteaga atacaban; pero nada hay oficial, dos cartas de particulares es todo el fundamento de la noticia.

Un amigo Godoy tiene noticia de que el ministro de Francia Montalón se dirigirá a U. y que se ha levantado el bolqueo; si esto fuere cierto ya es algo y me avanzo a felicitar a U.

El Sr. Patoni hace pocos días que volvió de su viaje a Mazatlán, que aunque no tuvo todo el resultado que se esperaba, algo dejó ordenado en términos, que si nos dan un respiro los invasores, tal vez comiencen sus derrotas en Durango. (1) El Sr. Patoni es un soldado verdaderamente republicano y la persona más leal y caballerosa que yo he conocido; ojalá el país y U. contaran con una docena de Gefes como él y Porfirio... Ya me parece ver que U. con esa gran serenidad que lo caracteriza con su fe siempre viva, me responde, ya aparecerán, perseverancia. Si señor Presidente, paciencia y el país se salvará.

José Valente Baz.—Rúbrica.)

Archivo del Presidente Benito Juárez. B. N. Depto. de Mss.
Carta 8/19. Doc. 844.

II

RELACION DE DON JOSE MARIA IGLESIAS SOBRE LA BATALLA DE MAJOMA

El primer cuerpo de ejército de Occidente había avanzado hasta la Taponca, a cuatro leguas de distancia de Porfías, donde se encontraba una fuerza francesa, cuando recibió el general Ortega la noticia de que otra sección de los invasores, procedente de Zacatecas, venía en auxilio de los de Durango, y se hallaba en las inmediaciones de San Miguel del Mezquital. En virtud de este aviso resolvió hacer una marcha nocturna forzada, con el objeto de sorprender y destruir a la sección mencionada, después de lo cual quedaría expedito para marchar sobre Zacatecas, o revolver sobre Durango. Efectuóse, conforme a esa combinación, una marcha de diez y ocho leguas, la cual no dió el resultado apetecido, por haberse retirado oportunamente la fuerza que se iba a atacar, avisada sin duda por algunos traidores del peligro que corría.

Perdida aquella oportunidad, se volvió al pensamiento primitivo de batir a los franceses pertenecientes a la guarnición de Durango. Para realizarlo, salió el ejército de San Miguel del Mezquital, rumbo a la hacienda de la Estanzuela, cerca de la cual se encontraba ya el enemigo.

(1).—Se refiere a la adquisición de armas.

En atención a considerarse muy próxima una batalla, se escogió el terreno en que pudiera darse con ventaja, situándose nuestras tropas a poca distancia de la mencionada hacienda, y apoyando su derecha en un cerro llamado de Majoma, que era la llave de la posición. Allí se colocaron diez piezas de artillería y la división mandada por el general Patoni, quedando las otras dos divisiones de Zacatecas y del general Alcalde en la llanura, formando el centro y la izquierda del ejército, con la caballería en las dos alas.

El general Carbajal, al frente de una sección de exploradores, avanzó hasta la Estanzuela, donde comenzó a tirotearse con los franceses. En esta escaramuza la ventaja quedó de nuestra parte, habiendo nuestros jinetes causado alguna pérdida al enemigo y apoderándose de algunos de sus caballos árabes.

El coronel Martín, que mandaba la fuerza contraria, creyó al principio que sólo tenía que batirse con una corta retaguardia de la nuestra, y no salió de su error hasta que había avanzado ya demasiado para poder retirarse. En tan crítica circunstancias, no le quedó más arbitrio que mandar a sus soldados que atacaran con su arrojo de costumbre. Nuestra artillería rompió el fuego sobre la columna de avance, y uno de sus primeros disparos dividió en dos partes al coronel Martín.

El comandante Japy, que le sustituyó en el mando, prosiguió el ataque con toda impetuosidad, animando a los zuecos el deseo de vengar a su jefe. El asalto se efectuó sobre el cerro de Majoma, por haber comprendido desde luego el enemigo que, haciéndose dueño de él, quedaría ganada la batalla. La defensa de aquella posición fué tan gallarda, que no obstante el ímpetu de los franceses, se logró contenerlos, y hacerlos luego retroceder. En la acción se distinguió especialmente el batallón de Chihuahua, a las órdenes de su valiente coronel Ojinaga.

No dándose el enemigo por vencido todavía, volvió a la carga con el mayor arrojo. Resistido al principio con el mismo brío que antes, se obstinó en el ataque hasta conseguir que le cediera el campo la división Patoni, no obstante los esfuerzos de este general y de otros jefes. En vano para prolongar la defensa subió al cerro el primer batallón de Zacatecas, valerosamente conducido por su coronel D. Francisco Fernández, quien sucumbió allí víctima de su denuedo, corriendo la misma suerte el coronel Villagrana, del 2º de Zacatecas.

Aunque en aquellos momentos parecía perdida la batalla, logró inclinar la balanza en nuestro favor una carga de caballería dada sobre la cima del cerro. Se recobraron las piezas que se habían perdido; el enemigo tuvo una pérdida de mucha consideración, siendo lanceados varios de sus infantes; otros se dispersaron en distintas direcciones, mostrándose ya algunos en

actitud de entregarse prisioneros. La suerte no quiso, sin embargo, hacer duradero el triunfo que habíamos alcanzado. Un último y desesperado ataque del enemigo cambió de nuevo el aspecto del combate. La caballería sola no podía defender la posición, sin el auxilio de la infantería. Contribuyó además a desmoralizarla, la circunstancia de ser gravemente herido el General Castro que la mandaba, como lo había sido ya antes el general D. Sirvestre Aranda. La caballería tuvo, pues, que abandonar el cerro, aunque no en dispersión ni derrotada, sino retirándose en buen orden, y pronta a volver a servir donde se necesitara. Conviene todas las relaciones de la batalla, en que otro esfuerzo de parte de nuestra infantería hubiera sido suficiente para hacer indudable la victoria en nuestro favor; pero ese esfuerzo no se hizo, por no haber sido posible reorganizar las fuerzas que se habían desmoralizado, y por no haber entrado en acción las que se conservaban en buen orden.

Al oscurecer se emprendió la retirada, con lo que terminó el combate, verdaderamente anómalo por varios de sus incidentes. Aunque los franceses quedaron dueños del campo y de parte de nuestra artillería, su pérdida fué más considerable que la nuestra, y su estado de postración era tal, que ni siquiera intentaron perseguir en su retirada a nuestras fuerzas, las cuales, lejos de haber sido completamente derrotadas, iban en el mejor orden, alejándose paso a paso del lugar de la batalla. La carga de caballería que dió tan felices resultados, rehabilitó esta arma, desprestigiada anteriormente. El valor con que se batieron nuestros soldados quedó demostrado con el hecho de haber rechazado varias veces a los contrarios, a pesar de haberse conducido estos con el notable arrojo que les es genial. La convicción general de amigos y enemigos, de que un último esfuerzo de nuestra parte nos hubiera dado el triunfo, produce el amargo desconsuelo de que se hubiera perdido una batalla que se debió ganar.

En los partes que sobre la memorable acción del 21 de septiembre han publicado los franceses, se falta a la verdad con el descaro que tienen de costumbre. Aseguran que el ejército mexicano se componía de 3,500 infantes y 700 caballos, y se vanaglorian de haberlo derrotado con sólo 531 franceses y 80 traidores al mando del padre Meráz. No conforme todavía con estas falsedades el cínico D. Antonio G. de Palacio, redactor del periódico oficial de la prefectura política de Durango, y notable como pocos por su rastrera adulación a los franceses, ha llevado la exageración al extremo de decir que se batieron estos en la proporción de uno a diez. La verdad histórica es que el cuerpo de ejército de Occidente no llegaba en su totalidad a 2,500 hombres,

de los cuales sólo se batieron de 800 a 1,000, no habiendo disparado un tiro la mayor parte de la fuerza de Zacatecas y toda la división de Alcalde.

También en las pérdidas confesadas por el enemigo ha habido un considerable rebajo, sin embargo de la afectación con que se ha entrado en minuciosos pormenores al tiempo de detallarlas. La pérdida confesada apenas asciende a unos 100 hombres, cuando es seguro que la verdadera fué mucho mayor. Fácil de comprender es el interés que se tiene en todas las ocultaciones y falsedades que se propalan en diverso sentido. Cuando se quiere pintar como muerto ya, o por lo menos en estado de agonía, al gobierno constitucional del país, se asevera que carece de todo elemento de defensa, y especialmente respecto de la fuerza armada, se representa siempre en número muy reducido, y compuesta además de chusmas sin organización ni disciplina. Cuando por el contrario, llega el momento de librarse una batalla, cambia todo de aspecto, abultándose exageradamente el número de nuestros soldados. Y para que no entre el desaliento cuando sufren los franceses pérdidas de consideración, se ocultan con cuidado, y si fuera posible, se les presentaría como invulnerables.

Por triste que sea que se convirtiera en derrota el triunfo que indudablemente se debió obtener, sirve siempre de grato consuelo considerar que la batalla de Majoma ha servido para probar de nuevo el ya conocido valor de nuestros soldados, siempre que son conducidos por gefes pundonorosos. Es igualmente satisfactorio tener la certidumbre de que el enemigo pagó bien caro el inesperado triunfo que obtuvo. El jefe de la columna expedicionaria, varios oficiales y muchos soldados, pagaron con su sangre el atentado cometido por su emperador. Debiendo estimarse imposible que se repongan las pérdidas sufridas por los franceses, otras batallas como la del 21 de septiembre darían el mismo resultado que las victorias de Pirro.

Por una fatalidad que no puede tener explicación satisfactoria, el ejército de Occidente, que se había retirado en tan buen orden del lugar del combate, se desbandó en una gran parte la misma noche del 21. Esta ocurrencia se ha atribuido con generalidad a la fatiga ocasionada por una marcha de siete leguas, que se anduvieron para ir de San Miguel del Mezquital a las inmediaciones de la Estanzuela; por la acción que hubo después, y por la nueva marcha emprendida al terminar la batalla, de siete leguas, para volver de la Estanzuela a San Miguel, y de otras tres más que anduvo la tropa, sin habersele dado alimento ni descanso. Ya desde los días anteriores habían sido largas y penosas las marchas y contramarchas, y habían padecido además los soldados grandes trabajos, por no haber permitido socorrerlos sino muy pocos días la suma escasez de fondos del erario.

Disuelto el ejército de Occidente por el motivo expresado, los restos que quedaron de aquella fuerza se pusieron a las órdenes de los generales Carbajal y Quesada, de los que el primero fué nombrado gobernador y comandante militar interino del Estado de Durango.

(Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa.—Imprenta del Gobierno, 1869.)

III

LOS FRANCESES EN DURANGO

Los franceses ocuparon a Durango el 4 de julio de 1864; al siguiente día a moción del General extranjero E. L'Heriller, se unieron en la Casa de Gobierno los principales vecinos de la ciudad, con objeto de formar la administración traidor-imperialista, que quedó instalada de esta manera:

Comisario Imperial y Prefecto Político Departamental, D. Buenaventura G. Saravia.

Secretario de la Prefectura Departamental, Lic. D. Bernardo de la Torre.

CONSEJO DEPARTAMENTAL:

Propietarios:

D. Juan N. Flores (Presidente).
Lic. D. Toribio Bracho.
D. Francisco Gurza.
D. Ignacio Azúnsolo.
Dr. D. Felipe P. Gavilán.

Suplentes:

D. José Ignacio Laurenzana.
Lic. D. Miguel Zubiría.
D. José Rafael Peña.
Dr. D. Juan de Dios Palacio.
Gral. D. José Antonio Heredia.

AYUNTAMIENTO.

Prefecto Municipal, Lic. D. Rodrigo Durán.
Alcalde primero, D. José Rafael Peña.

Alcalde segundo, D. Crescencio Romero.
Alcalde tercero, Lic. D. Vicente Quijar.
Alcalde cuarto, Lic. D. Tomás Chávez.
Regidor primero, Dr. D. Juan de Dios Palacio.
Regidor segundo, D. Gerardo Jáquez.
Regidor tercero, D. Juan Francisco Escobar.
Regidor cuarto, D. Francisco Alvarez.
Procurador, D. Clemente García.

SUPREMO TRIBUNAL DE JUSTICIA:

Ministros:

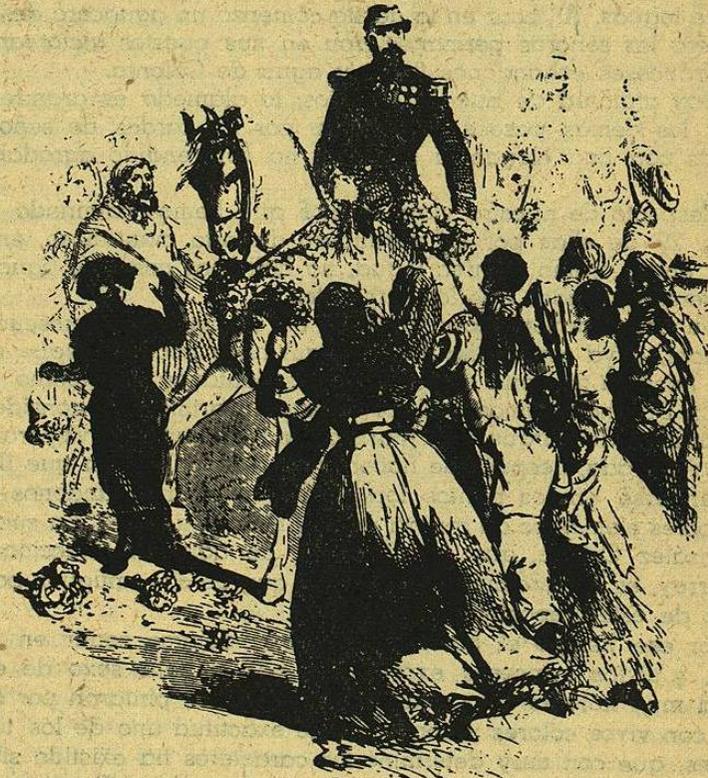
Lic. D. José Pedro Escalante.
Lic. D. Antonio G. Palacio.
Lic. D. J. Ramón Avila.
Lic. D. Pedro Escobar y Cano.
Fiscal, Lic. D. Vicente Quijar.
Juez del Ramo Civil, Lic. D. Apiceto Barraza.
Juez del Ramo Criminal, Lic. D. Luis Fernández.

Arreglada la administración imperialista, se mostró la mayor simpatía por lo más granado de Durango en favor de los franceses; la noche del 24 de julio de 1864 se dió un baile, y en él dijo D. Crescencio Romero el siguiente brindis, que se inserta porque da a conocer de relieve, no sólo la existencia política de aquella época, sino también el modo de ser de la sociedad duranguense de aquel entonces, dice así:

"¡Incomprensibles son los arcanos de la Providencia! Desde los remotos lindes de la Francia, el valiente General L'Heriller y sus soldados han venido a libertar del terror a la afligida Durango, y poner a sus habitantes en posesión del derecho de elegir libremente sus autoridades. Estas han sido nombradas con toda espontaneidad, y del mismo modo ha sido proclamado el Imperio, única áncora de nuestra salvación. ¿Qué ofrenda os presentaremos, modesto General, en recompensa de tamaño bien? Nuestro humilde corazón, dispuesto siempre, no lo dudéis a derramarse en el vuestro. Que Dios os siga protegiendo en vuestra noble empresa; que él guíe los pasos del Augusto Emperador de México; que bendiga y prolongue los días del magnánimo Luis Napoleón."

Complementa las observaciones hechas anteriormente, sobre la carencia del patriotismo por parte de Durango, la manera con que los franceses fueron recibidos, y que está expresada por uno de ellos en las siguientes líneas:

"Estamos encantados con Durango; es una ciudad muy bonita, con buenos edificios, fortunas considerables, jóvenes bellísimas, de suma elegancia en el vestir, y cuyas costumbres civilizadas



Recepción de los franceses en Durango (4 de julio de 1864)

Tomado de L' Illustración, Journal Universel. Núm. de 31 de Octubre de 1864.-(El dibujante compuso una fantasía árabe. F. C. N.)

y buen trato, muy superior al de otras poblaciones del interior, se explica por la inmediación del importante puerto de Mazatlán en el Pacífico.

"Hemos sido recibidos aquí de una manera enteramente simpática y cordial. Llegamos a las tres de la tarde, tras una marcha de once leguas. Al tocar en la garita comenzó un aguacero deshecho: pero las señoras permanecieron en sus puestos victoreando a los franceses echándonos flores y agua de Colonia.

"Hay multitud de buenos edificios; la alameda es grande, y este y los demás paseos se pueblan por las tardes de señoras vestidas con una elegancia que nos ha sorprendido agradablemente.

"Respecto de nuestro viaje te diré que hemos caminado 100 leguas, 29 de ellas por un verdadero desierto montañoso, en el cual y en un tramo de una legua, no hallamos casas ni agua ni otros seres animados que las serpientes.

"Tu comandante acaba de salir de Durango en persecución de Patoni, cuya esposa ha muerto aquí hace poco. Se sabe que Patoni tiene su artillería atascada en los pantanos del camino.

"En Durango hemos hallado piezas de artillería y considerable cantidad de parque. Los juaristas se marcharon la víspera de nuestra entrada, después de hacer creer a la población que iban a defenderse en los puntos fortificados, y abandonándonos sus principales elementos de guerra para ir más a la ligera. En cuanto a González Ortega, que andaba lejos de aquí en dirección de Monterrey, es generalmente maldecido aun de sus antiguos partidarios de este Departamento."

Por ese tiempo el hambre empezó a dejarse sentir en Durango, y si los franceses expresaban por el bello sexo de esta ciudad muy notorias simpatías, con tal motivo, pintaron por otra parte con vivos colores y con bastante exactitud uno de los tipos sociales, que con muy determinados caracteres ha existido siempre en la capital del Estado: sobre el particular L'Estafete publicó el siguiente artículo:

"El resultado de la batalla de Majoma se hace sentir cada día más patente. Todo el Norte del Departamento está pacificado, y el camino libre hasta Monterrey.

"Pero al lado de estos hechos de feliz augurio, es preciso decir que las personas que observan, que los hombres prudentes de todos los partidos que se adhieren sinceramente al hecho consumado y están dispuestos a favorecer la marcha progresiva del nuevo gobierno, no pueden ver sin cierta ansiedad el egoísmo de algunos de los hombres que han tomado aquí la dirección del nuevo orden de cosas.

"Desde 1850 la ciudad de Durango ha sido constantemente un teatro de calamidades públicas. El hambre, terribles epidemias, los préstamos forzosos, los robos y las contribuciones, han desolado nuestra ciudad, sucesiva o simultáneamente, reduciendo la población a la mitad de la que había hace catorce años.

"Que Durango tenga otra calamidad pública que sufrir, y esta bella ciudad quedará reducida al estado del pueblo. Pues bien, el peligro está a nuestras puertas: se presenta en este momento bajo la forma de la miseria y del monopolio. Apenas habrá este año una cuarta parte de la cosecha. Las personas experimentadas en semejante materia dicen que las provisiones del año pasado, unidas a esta cosecha reducida, son suficientes y que la población no tendrá que sufrir. Sin embargo, el maíz se vende ya a seis pesos la fanega, y es probable que en abril y mayo el precio de este efecto de primera necesidad se eleve a 10 y 12 pesos. El jornalero gana aquí tres reales; pero ese es un salario nominal, y es dudoso que trabajando en el campo reciba un día con otro más de un real en numerario. Efectivamente, el propietario tiene por costumbre despedir a sus jornaleros luego que ya no hay trabajo que ejecutar en la hacienda. Los jornaleros se ven por lo mismo obligados a robar, para no morir de hambre, y algunas veces esta triste alternativa es la que envía a un infeliz al cadalso. En cambio, los diez o doce especuladores cuya rapacidad causa semejantes males, venden impunemente sus provisiones de cereales a un precio muchas veces décuplo del costo primitivo; lo que no les impide creerse cristianos muy meritorios; porque en vez de especular con el dinero como mercancía, especulan con el hambre y la miseria. "Save me from my friend, and I will take care of my enemies". "Salvadme de mis amigos y yo me encargo de mis enemigos". Me parece que este dicho célebre puede aplicarse al Imperio que comienza. Vencerá a sus enemigos con la espada o con la razón. ¿Pero qué decir de esos inútiles que esperan sin moverse que el bien les caiga del cielo? Sin hablar de las pretensiones absurdas y peligrosas de los antiguos partidos, ¿qué debe pensarse de esos amigos apáticos, de esos complacientes que a todo gritan bravo, pero que no se mueren, creyendo que la regeneración y la prosperidad de su país depende de un decreto providencial que se cumplirá tranquilamente sin esfuerzos ni sacrificios de su parte?

"Este fatalismo estéril no es el rasgo menos curioso del momento de ciertas individualidades de nuestra población. Merece fijar la atención del Gobierno imperial, cuyas miradas no pueden dejar de volverse con frecuencia hasta estas provincias del Norte, que son incontestablemente el florón más envidiable y envidiado de su corona."

(De "Durango Gráfico".—Carlos Hernández.—Imp. José S. Rocha.—Durango.—1903.)

IV

EL COMBATE DE MAJOMA

(Traducción del artículo publicado en "L'illustration-Journal Universel".—Número del 31 de octubre de 1864.)

El diario oficial ha publicado el parte del combate de Majoma, en que sucumbió el coronel Martin. Este combate ha causado una viva impresión en México; era, a lo que parece, la última esperanza de las tropas de Juárez.

Juárez, después de haber concentrado, cerca de Nazas, las tropas regulares de los generales Ortega, Patoni y Negrete, formó el "Cuerpo de Ejército de Occidente", fuerte de cuatro mil quinientos combatientes y veinte piezas de artillería, y confió el mando al general Ortega.

Después de la defensa de Puebla, Ortega no había desempeñado un papel activo en esta guerra. Es cierto que había levantado nuevas tropas, pero cuando los franceses se presentaron delante de Zacatecas, evacuó dicha ciudad sin combatir. Patoni y Negrete siguieron la misma línea de conducta en Durango y en Monterrey. Se atribuía, generalmente, esta larga retirada, al espíritu de vértigo o al temor, pero se supo, con sorpresa, que se debía a un plan combinado.

En efecto, Ortega repetía, a sus íntimos, que esperaba el momento en que los franceses se hubieran debilitado, al diseminar sus fuerzas sobre una línea de 350 leguas, para intentar contra ellos, según decía, "la maniobra de Kutusoff sobre Kalouga", es decir, para escaparse y cortar su (de los franceses) larga línea de comunicaciones.

Todos estos proyectos fueron aniquilados por la intrepidez de la columna a las órdenes del coronel Martin, encargado de cubrir los contornos de Durango. Esta columna se componía de cinco compañías de zuavos, de una de cazadores de a pie y de un escuadrón de cazadores de Francia, en total: quinientos treinta y un combatientes que tuvieron la audacia, sin artillería de campaña (1) de atacar al ejército juarista, fuertemente esta-

(1).—Tenían dos obuses.—Nota de F.C.N.

blecido, con veinte cañones, sobre el cerro de Majoma. La audacia no hubiese bastado, si el comandante Japy, que tomó el mando después de la muerte del lamentado coronel Martin, no hubiese dirigido el ataque sobre el defecto de la defensa (défaut de cuirasse) de la línea enemiga; la extrema valentía hizo el resto.

El combate fué sangriento, pero pronto y decisivo. Los zuavos tomaron, a la bayoneta, el cerro de Majoma, llave de la posición; los cazadores de Francia arrollaron a la infantería juarista y los cazadores de a pie la persiguieron obligándola a abandonar sus últimas piezas.

Nuestras pérdidas fueron crueles y numerosas: el coronel Martin y el teniente Tramond murieron con la espada en la mano y tuvimos un hombre, de cada siete, fuera de combate; pero la noble conducta de los doctores Bintot y Manoha que prodigaron, indistintamente, sus cuidados a todos los heridos, aun bajo el fuego del cañón del enemigo, probó, una vez más, cómo, en el ejército francés, el cuerpo médico sabe unir la devoción y la ciencia.

Los resultados de la batalla han sido importantes: el ejército juarista ha perdido su artillería, bagajes y municiones, y se ha desbandado, por completo.

Resumen de P. Paget.